

☆ LOS PUEBLOS QUE ENAJENAN

AL MURO, PERO NO VERDECE MAS

DISCO

REVISTA LITERARIA



BUENOS AIRES

Nº 7

SU LIBERTAD SON COMO LA HIEDRA

CORTADA, QUE SE AFERRA

DISCO

REVISTA LITERARIA

Dirige: J. R. WILCOCK

BUENOS AIRES

OCTUBRE DE 1946

DISCO

REVISTA LITERARIA MENSUAL

REDACCIÓN: MONTES DE OCA 715

TEL. 26 - 2081

BUENOS AIRES

SUSCRIPCIÓN ANUAL \$ 10 M/Arg.

Talleres Gráficos INDEX — Solís 1405 — Buenos Aires

EL TRIUNFO DEL TIEMPO

*El aire se llenó de hojas desiertas;
un vaho penetrante y conocido
torna más hondo y lúgubre el sonido
del viento que desciende de las huertas,
el ruido de estos pasos apagados
en los viejos senderos mal cuidados.*

*Esta es la última vez, la última vez,
preciados laberintos de una quinta,
que ocultaréis nuestra pasión extinta
con ramas de eucalipto y de ciprés;
no lloraré en otro lugar: prometo
que mi dolor será vuestro secreto.*

*Luego dividiremos nuestras almas;
pero hoy, que todavía están reunidas,
discurramos por estas avenidas
oscuras en la sombra de las palmas;
antes de separarnos como extraños,
hablemos de este triunfo de los años.*

*Antes de ser dos almas solitarias
que guardan una flor desvanecida
en el libro modesto de su vida,
y que entre lágrimas involuntarias
aspiran un perfume que no existe
sobre un texto indeleblemente triste.*

*Hablemos de esos días custodiados
por las estatuas de las galerías
y las primeras lilas; de esos días
con firmamentos aterciopelados
donde yo extático e inmortal veía
tu rostro semejante a la armonía.*

*¡Cómo me conmovía tu belleza,
que ahora alumbra el crepúsculo rosado!
¡Oh amor, mi amor, por qué habrás clausurado
mis ojos con un sello de tristeza
para que nunca vuelva a contemplarte,
ciego en la luz, frenético de amarte!*

*¿Por qué no se enlazaron nuestros pasos
como esas huellas dobles en la arena
que el pie de los amantes encadena
con imborrables, permanentes trazos;
por qué no fuimos en un mundo breve
lo único que nunca se conmueve?*

*No pasearemos más por las veredas
desiertas en la noche y perfumadas,*

no se unirán las sombras alargadas
de nuestras manos en las alamedas
que un oscuro temblor estremecía.
¡Oh amor, qué hiriente es la melancolía!

El mundo pudo ser tan diferente,
si me hubieras amado. Nunca más
en un jardín te reconocerás
ni en el agua ondulada de una fuente;
no admirarás los días desiguales,
ni el rastro de la lluvia en los cristales.

Y yo no alzaré más mi cara al cielo:
no podré contemplarlo, si no me amas;
inútilmente se unirán las ramas
y moverán sus sombras sobre el suelo.
No existirán sus sombras vacilantes
cuando tú estés besando a otros amantes.

Mira: el aire te ofrece unos colores,
para adornar la imagen que me queda
de tu rostro a través de la arboleda;
así te evocaré junto a esas flores,
y así, donde te he amado tiernamente,
persistirás, nunca estarás ausente.

Pero esta mano, al sol más luminosa
que el vívido follaje transparente,
ya no sentirá más lo que ahora siente

junto a la tuya; no, ni en una rosa
de pétalos abiertos, ni en un río
que fluye lentamente en el estío.

Y nunca más mis labios entreabiertos
sobre las ruinas de mi adoración,
sabrán reconocer otra versión
de esos atardeceres inexpertos,
de esas conversaciones frente a un piano
en las noches tranquilas de verano.

La luna morirá y renacerá
tantas veces en vano ante mi puerta,
y una terraza encontrará desierta
donde tu nombre sin embargo está,
entre la hiedra, en un lugar oscuro,
escrito con un lápiz sobre el muro.

Sí, los amores no son siempre eternos,
son breves como vínculos mortales;
pero nosotros éramos iguales
al fénix y debimos envolvernos
en nuestras propias llamas, y entre esencias
complejas, consumir nuestras presencias.

El paso de los hombres deleznable
no dejará una huella que los vientos
no consigan borrar; sus movimientos
son la trama del aire inapresable;

no quedarán sus diarios pormenores,
sus retratos, sus voces, sus temores.

Quizás en esa furia soñolienta
donde van los imperios y el honor,
a veces queda el rostro del amor,
como un fantasma sobre una tormenta,
que nada material mueve y apura
porque está hecho de algo que perdura.

Pero tú, que entre rayos coloreados
me muestras tu belleza primordial,
no quisiste mirar ese cristal
donde alguien nos vería reflejados,
sobre todas las ruinas de los hombres
uniendo en una cinta nuestros nombres.

Tú rechazaste la inmortalidad;
siempre serás, junto a esa balaustrada
la inspiración que pasa innominada
entre mis versos a la eternidad;
y en las ruedas del tiempo ignorarán
quién fuiste, las personas que vendrán.

Sólo yo que contemplo tu hermosura
en esta tarde rosa feneciente,
y que así me arrodillo, de repente,
como un antiguo amante en su escultura,

*como Tristán cuando miraba el mar,
sólo yo podré amarte sin cambiar.*

*Ven; ya se ha puesto el sol entre esas casas,
y la humedad desciende, lentamente;
ven a evocar nuestra pasión ausente,
los diálogos pausados en las plazas,
la sombra de las hojas en tu cara.
Como si nada aún nos separara.*

J. R. WILCOCK.

MUERTE DE ROLANDO

Rolando siente la proximidad de la muerte. Por los oídos se le escapa el cerebro. Ruega a Dios por sus pares; ruega que los llame a su diestra, e invoca la ayuda del arcángel Gabriel. Para que nada puedan reprocharle, toma en una mano el olifante; y en la otra su espada Durandal. Más lejos que el tiro de una ballesta, penetra por un campo en tierra de España, y asciende a un collado. Debajo de dos hermosos árboles hay cuatro escalones de mármol. Se desploma sobre la hierba verde; se desmaya, porque la muerte está cerca. AOI.

Altas son las cumbres, y muy altos los árboles; hay cuatro escalones de mármol brillante. Sobre la hierba verde, el conde Rolando se desmaya. Pero un Sarraceno lo espía; finge estar muerto, y yace entre los demás; mancha de sangre su cuerpo y su rostro; se levanta y corre. Es alto, fuerte, y muy valiente. Lleno de orgullo y de furia mortal, toma a Rolando en cuerpo y armas, y exclama: "Vencido está el sobrino de Carlos. Llevaré a Arabia su espada". La empuña, y tira de las barbas de Rolando. Y el conde recobra en parte el conocimiento. AOI.

Rolando siente que le quitan la espada; abre los ojos y sólo dice una palabra: "Por mi fe, no eres de los nuestros". Aún empuña el olifante, que jamás quiso abandonar. Con él golpea al infiel, sobre el casco cubierto de pedrerías y de oro; quiebra el acero, y la cabeza y los huesos; le hace salir los dos ojos de la cara, y lo derriba a sus pies. "Infame" le dice "cómo te has atrevido a tocarme, ya sea a tuertas o a derechas. Quien lo sepa te creerá loco. El pabellón de mi olifante se ha rajado, y el oro y los cristales han caído". AOI.

Rolando siente que la muerte lo apremia; se incorpora, y se esfuerza cuanto puede; pero su rostro ha perdido el color. Toma su espada Durandal, toda desnuda. Da con ella diez golpes de dolor y de cólera. El acero vibra, pero no se rompe ni se mella, y el conde exclama: "¡Santa María, ayudadme! ¡Ah, Durandal, mi buena espada, qué desgracia! Aunque ya me separo de ti, no dejo de preocuparme por tu honor. Contigo he ganado tantas batallas, y he conquistado tantos vastos países que hoy domina Carlos, el de la barba nevada. No te poseerá un hombre capaz de huir frente a otro. No me despojarán de ti mientras viva. Un gran guerrero te ha poseído, durante muchos años. Nunca habrá otro igual en la libre Francia". AOI.

Rolando golpea la piedra de sardónix; el acero vibra, y no se rompe ni se mella. Cuando el barón comprende que no puede quebrarla, comienza a lamentarse: "¡Oh mi Durandal, qué clara y blanca eres! ¡Cómo luces y destellas al sol! En los valles de Maurienne es-

taba Carlos, cuando Dios le ordenó mediante un ángel del cielo que te entregara a un valiente capitán. Entonces el noble rey, el Magno, la ciñó a mi costado. Con ella le conquisté el Anjou y la Bretaña, el Poitou y el Maine; le conquisté la libre Normandía, la Provenza y la Aquitania, y la Lombardía y toda la Romaña; le conquisté con ella la Baviera y toda la Flandria, y la Bulgaria y toda la Polonia. Costantinopla, que le rindió homenaje, y Sajonia, que aceptó su voluntad. Con ella conquisté Escocia, Gales, Irlanda y la Inglaterra, que fueron sus dominios. Con ella conquisté tantos países y tantas tierras donde hoy reina Carlos, el de la barba blanca. Siento dolor y tristeza por esta espada. Más vale morir que abandonarla a los infieles. ¡Dios nuestro padre, evita esa vergüenza a la Francia!" LAOI.

Rolando golpea sobre una piedra gris. No sabría decirnos cuánto golpea; la espada gime, pero no se vence ni se rompe, y rebota contra el cielo. Cuando el conde advierte que no puede quebrarla, se lamenta muy dulcemente: "Ah, Durandal, qué bella y santa eres! Muchas reliquias hay en tu guarnición dorada: un diente de San Basilio, y un cabello de monseñor San Denis, y vestiduras de la Virgen María. No es justo que los paganos te posean; debes permanecer al servicio de los cristianos. Contigo habré acabado muchas batallas, contigo habré conquistado muchas tierras que ahora son de Carlos, el de la barba florida, el empe-

rador poderoso y rico. Dios quiera que no caigas en las manos de un cobarde! ¡Dios, no permitáis que la Francia se avergüence!”.

Rolando siente que la muerte se apodera de él; que desciende de la cabeza al corazón. Ha corrido hasta un pino, se ha acostado sobre la hierba verde, de cara a la tierra; debajo de sí pone su espada y su olifante, y vuelve su rostro hacia los infieles; quiere asegurarse que Carlos y los suyos puedan decir que el conde heroico ha muerto conquistando. Dice sus culpas repetidas veces; por sus pecados, ofrece a Dios su guante. AOI.

El conde Rolando está extendido bajo un pino; ha vuelto la cabeza hacia España. De muchas cosas se recuerda; de todas las tierras que ha conquistado, de la dulce Francia y de las gentes de su estirpe, de Carlomagno su señor, que lo ha criado, y de los franceses, que tanto lo querían. No puede impedir las lágrimas y los suspiros, pero no quiere olvidarse de sí mismo: dice su culpa e implora la merced de Dios: “Nuestro Padre verdadero, que nunca mentiste, que resucitaste a Lázaro de la muerte y salvaste a Daniel de los leones, conserva mi alma de todo peligro, por los pecados que he cometido en vida”. Ofrece a Dios el guante de su mano derecha, y San Gabriel lo toma de la mano. Su cabeza está reclinada sobre su brazo; ha ido hacia la muerte con las manos juntas. Dios le envía su ángel querubín, San Rafael, y San Miguel del Peligro. Entran al cielo con San Gabriel: traen el alma del conde. AOI.

MUSICA EN LA TIERRA

*Hay música de cuerdas en el aire,
y en la tierra, muy suave;
hay música de cuerdas junto al río
donde se unen los sauces.*

*A lo largo del río se oyen músicas
donde el Amor pasea,
pálidas flores en su manto, y hojas
oscuras en su cabellera.*

*Dulcemente tocando, reclinado
sobre su melodía, atento
mientras sus dedos pálidos se pierden
en las cuerdas de un instrumento.*

JAMES JOYCE.
(Trad. de J. R. W.)

EL UMBRAL DEL REY

(Primera Escena)

Escalinata frente al palacio del rey Guaire, en Gort. A un costado, frente a los escalones, una mesa con alimentos, y un banco. Seanchan yace en los escalones. Sus discípulos están frente a la escalinata. El rey, en el escalón superior, frente a un cortinado que cubre una puerta.

Rey. — Bienvenidos vosotros, que poseéis la maestría de las dos clases de música: la que parece una mujer, y la que parece un hombre. Bienvenidos ambos: tú, que dominas los instrumentos de cuerda y sabes combinar las palabras y las notas tan artísticamente, que todas las artes se deleitan con su propia música; y tú, que llevas el cuerno retorcido y dominas las notas que escapan sin palabras al carruaje del tiempo. Porque los ángeles sublimes que conducen al caballo del tiempo son, para quien ama al mundo, más bienvenidos que una mujer hermosa.

Os he llamado aquí para que salvéis la vida de vuestro gran maestro, Seanchan, que durante todo el

día ha fulgurado y vacilado como la llama del hogar que ya se apaga.

Discípulo Mayor. — ¿Cuándo enfermó? ¿Alguna fiebre consume su cuerpo?

Rey. — Ni fiebre, ni enfermedad. El ha elegido la muerte, negándose a comer o beber, para cerner sobre mí la desgracia; pues hay una costumbre, una vieja y tonta costumbre: según ella, si un hombre es injuriado, o cree serlo, y se deja morir de hambre en el umbral del ofensor, el pueblo, por todo tiempo venidero, elevará un grito pesaroso contra ese umbral, aunque fuese el umbral del rey.

Disc. May. — Me siento confundido. No sé qué pensar o qué decir. Os debo toda obediencia, y sin embargo, cómo demostrarla, si el hombre que yo más he amado se considera tan amargamente ofendido que prefiere morir antes que soportar la ofensa. ¿Hay acaso un hombre capaz de perder la vida por una simple disputa?

Rey. — Es justo que estés de su parte, hasta que comprendas cuán ligera es la disputa que nos ha enemistado. Hace tres días cedí al clamor de mis cortesanos — obispos, soldados y abogados — que por largo tiempo habían considerado como una ofensa a su dignidad que un simple hombre de letras tuviera asiento entre ellos, en el Gran Consejo de Estado, y compartiera su autoridad. Con palabras amables y corteses le pedí que se fuera, al principio; pero cuando él sos-

tuvo el derecho de los poetas, tan viejo como el origen del mundo, le dije que yo era el Rey, y que todos los derechos tienen su fuente original en algún rey; y que los hombres que dirigían al mundo, y no los que lo cantaban, debían sentarse en el lugar de honor. Mis cortesanos — obispos, soldados y constructores de leyes — clamaron su aprobación, y Seanchan salió en medio de esa algarabía; desde entonces, aunque a su lado hay manjares y bebidas, no ha comido nada.

Disc. May. — Ya respiro nuevamente. Habéis liberado mi mente de una gran aflicción, pues esa costumbre no es digna de que alguien muera por ella.

Rey. — Persuádelo para que coma o que beba. hasta ayer creí que el hambre y la debilidad serían suficientemente fuertes, pero al ver que eran demasiado fútiles y llevaderas, incapaces de evitar que su boca siga mordiendo el sepulcro, te he llamado; y en ti están puestas todas mis esperanzas, y también en tus buenos amigos y vecinos, a quienes he mandado buscar. Mientras él yazca allí, y allí perezca, mi buen nombre ante el mundo perecerá también. Yo no puedo ceder, porque soy rey; porque si yo cediera, mis nobles me creerían falto de energía, y esa falta de energía podría hacer temblar al mismo trono.

Disc. May. — Lo persuadiré. Tus palabras me han convencido, Rey. Pero él está sumido en sus ensueños, y no habrá podido oírlas.

Rey. — Haz que coma o que beba. No sólo por mi buen nombre lo deseo, sino porque es un hombre que bien puede satisfacer la fantasía de un rey desterrado, o de una mujer, o de cualquiera que sepa juzgar a un hombre por lo que es. Pero yo, que me siento en un trono, y que adopto mis medidas según las necesidades del Estado, considero rebelde su pensamiento, y declaro que da a las palabras, y a su voluntad orgullosa, más importancia que a los hechos; que perturbaría todo, porque es perjudicial, hasta para él mismo; un hombre muy perjudicial.

(Se vuelve para retirarse, pero retorna.)

Prométele una casa con jardín y tierras de labranza, una renta, joyas, ropas de seda, o cualquier otra cosa que no sea el viejo derecho de los poetas.

(Entra al Palacio.)

Disc. May. — El rey cometió un error al negar nuestro derecho. Pero Sanchan, que desea morir por eso, no sabe lo que hace. Míranos, Seanchan. Despierta de tu sueño y míranos, a nosotros, que hemos cabalgado bajo la luna, y durante todo el día, hasta que la luna apareció nuevamente, para poder estar a tu lado.

Seanchan. *(Dándose vuelta un poco, apoyándose en un codo, y hablando como en un sueño.)* — En este momento estaba en Almhuin, en una casa de altas maderas, con Finn y Osgar. Olores de carne asada se elevaban en torno de mí, y pude ver los hierros candentes.

tes; y luego el sueño se rompió, y vi a Grania, separando salmones al lado de un arroyo.

Disc. May. — El hambre te ha hecho soñar con carne asada. Y aunque sólo al pensarlo me estremezco, el hambre de la grulla que se deja morir en luna llena, temerosa de su propia sombra y del agua reluciente, me parece menos fantástica que la tuya.

Sean. — Pues esa es la verdad. Es como si yo, y todo lo que veo y oigo, fuese cambiado por la luna. Porque cuando el cuerpo vigoroso se debilita, no hay nada que pueda detener la mente alborotada, que fantasea, y que sigue su camino caprichoso, tocada por la luna. He creído conocer tu voz y tu cara, pero tus palabras son tan diferentes, que debo preguntarte quién me ruega que abandone el ayuno.

Disc. May. — Soy tu discípulo más antiguo, el que te ha acompañado durante tantos años; tantos, que para las Pascuas tú dijiste que casi había terminado mi enseñanza, pues ya sabía todo lo que se sabe de la Poesía.

Sean. — ¿Mi más antiguo discípulo? No, no puede ser; son los sueños que me engañan, y tú no eres sino uno cualquiera de esa multitud cortesana que me rodea desde el amanecer. Pero yo los refutaré. Para las Pascuas ordené a ese alumno que me dijera por qué es honrada la Poesía; quería saber si tenía algún argumento válido para países distantes, y para rudos y extraños reyes. ¿Qué me contestó?

Disc. May. — Contesté que el poeta cuelga imágenes de la vida en el Paraíso, en torno al lecho del mundo, para que éste, contemplando esas imágenes, dé a luz criaturas triunfantes. Pero, ¿por qué repetiré una vieja lección, mientras tú te mueres de hambre?

Sean. — Continúa, pues ahora comienzo a reconocer la voz. ¿Qué desastre asolaría al mundo si perecieran las artes?

Disc. May. — Si las artes perecieran, el mundo sería como una mujer que mirando los labios partidos de una liebre da a luz criaturas de labios leporinos.

Sean. — Eso no es todo, pues cuando yo te pregunté cómo debía el hombre conservar esas imágenes, también supiste contestarme (si realmente eres el que dices ser), comparándolas con las cosas venerables que Dios dió a los hombres antes de darle el trigo.

Disc. May. — Contesté — y las palabras eran en parte tuyas — que el hombre debía guardarlas como los hombres de Dea guardan sus cuatro tesoros, como el rey del Grial guarda su copa sagrada, o el virtuoso y pálido caballo la joya que está bajo su cuerpo, vertiendo la vida por ella como quien vierte un vino dulce embriagador. Pero ahora entiendo. Tú quieres refutarme con mis propias palabras; sin embargo, el asiento en el Concejo, al lado del Rey, es algo de poca importancia, Seanchan. ¿Cómo algo tan superficial puede tocar a la Poesía?

(*Seanchan se sienta, ahora. Todavía mira soñadoramente frente a sí.*)

Sean. — Para las Pascuas, tú definiste a la Poesía como una de las frágiles y poderosas creaciones de Dios, que sólo un insulto mata.

Disc. May. (*A los otros discípulos.*) — Dame alguna respuesta veraz; recordad el día en que él nos habló de la Corte, y la llamó la primera criatura gentil del mundo, y dijo que todo lo que allí era insultado, el mundo entero lo insultaba, porque la vida cortesana es el modelo del mundo. ¿Cómo contestarle ahora? ¿No podéis darme algún argumento de valor? No quisiera tentarlo con uno falso.

Jóven Discípulo. — ¡Oh! ¡Dile que los que amamos su música lo necesitamos!

Sean. — Pero yo estoy sacrificándome por aquellos que nacerán en el momento oportuno, y encontrarán el dulce alimento que aún en la ira les dará voces que suenen como cuerdas de arpas. ¿Y, cómo podría nacer majestuosos, si yo no hubiera forjado su cuna dorada?

Jov. Disc. (*Arrojándose a los pies de Sean.*) — ¿Por qué me alejaste de los campos de mi padre? ¿Si tú me dejas ahora, a quién amaré? ¿Qué haré? ¿A quién dedicaré mis esfuerzos? ¿Y por qué has puesto música a mis oídos, si ahora me dejas en el bullicio? Abandonaré la trompeta y el arpa, pues ¿cómo podría

cantar versos, o hacer música, sin que alguien me elogiase, y con el corazón partido?

Sean. — ¿Qué te prometieron los poetas, sino sufrimientos? No hables. ¿Acaso no hago escuela en estos escalones, y no eres tú el más joven de mis discípulos? Y quiero que sepáis que cuando todo cae en ruinas, la Poesía canta su alegría, porque es la mano dadivosa, la vaina que revienta, el deleite de la víctima en la llama sagrada, la risa de Dios ante el estallido del mundo. Y ahora esa alegría ríe y solloza y arde en estos escalones desnudos.

Jov. Disc. — ¡Oh, maestro, no mueras!

Disc. May. — No lo molestes con inútiles argumentos. ¡Calla! Nada podemos hacer, sino buscar al rey, arrodillarnos frente a él, y suplicarle por nuestro antiguo derecho. Pues allí hay algunos que podrían decir lo mismo que nosotros, y más, y fracasar igualmente. Ven, muchacho. Es inútil (*El joven se levanta*). Si estáis de acuerdo en suplicar al rey, deponed en silencio vuestras trompetas y vuestras arpas sobre los escalones, y venid conmigo, silenciosamente. Venid con paso suave, y agachad vuestras cabezas, pues ese es el signo que demuestra pesadumbre.

(*Depositán las arpas y las trompetas, una por una, y luego salen, muy solemne y lentamente, uno detrás del otro.*)

WILLIAM BUTLER YEATS.

TRES SONETOS

I

*El nombre, oh Cintia, que en el tiempo dura,
que estima jaspes y epitafios ama,
adoraréle yo si en sacra llama
cobra esplendor para la edad futura.*

*Que ya sin esperar mi sepultura
con opinión anticipada y fama,
a la prudente sencillez inflama,
quién sabe si a la horrible envidia apura.*

*Trocado pues el orden de mi suerte,
a mis posteridades sobrevivo;
mas si en tu aprobación no me renuevo,*

*¿del culto de las artes qué recibo,
a la naturaleza qué le debo?
¿Qué importan las promesas de la muerte?*

II

Bien sé yo, Cintia, el culto que se debe
al que de dos sustancias desiguales
tan superiores forma los mortales,
que es cada cual un dios de un mundo breve;

y que este honor le obliga a que se eleve
sobre el ser de las obras naturales,
y asaltando esas máquinas fatales,
viva unido a la causa que las mueve;

y soy con esto aquel que amor desvía
del uso de este gran conocimiento
por la divinidad de tu hermosura;

y a venerarte vive tan atento,
que gime si tal vez se le figura
que pueda tener fin su idolatría.

III

El hombre fué de dos principios hecho,
tales que con jactancia verdadera
a sus ojos le alega cualquier fiera,
y cualquier planta, parentesco estrecho.

Pero cuando él reconoció en su pecho
la gran porción del fuego de esa esfera,

*vió, con admiración de ver lo que era,
que a la divinidad tiene derecho.*

*Haz pues que con trocado ministerio
a la vaga altivez del albedrío
el sentido inferior no tienda redes,*

*y cuando él pretendiere, oh Fabio mío,
hacerte esclavo, acuérdate que puedes
mirar esas estrellas con imperio.*

BARTOLOME LEONARDO
DE ARGENSOLA

LOS LOTOFAGOS

“¡Coraje!” , exclamó, y señaló la costa. “Esta ola creciente pronto nos arrastrará hasta la orilla”.

Por la tarde llegaron a unas tierras donde siempre parecía de tarde. En torno a la costa el aire lánguido se desmayaba, respirando como quien sufre un sueño fatigoso. La luna llena oscilaba sobre el valle; como un humo que desciende, la delgada corriente parecía caer y detenerse y caer a lo largo del despeñadero.

¡Una tierra de ríos! Algunos, como un humo descendiente, lentamente esparciendo los velos del más fino césped; y otros que se abrían paso entre las luces fluctuantes y las sombras, arrastrando hacia abajo una sábana adormecida de espuma. Vieron el río brillante que fluía hacia el mar desde tierra adentro; lejos, tres cumbres, tres silenciosos pináculos de antigua nieve, se iluminaban con el crepúsculo; húmedos de rocío, los pinos sombríos trepaban las laderas sobre el espeso matorral.

El crepúsculo encantado se demoraba y se hundía en el Oeste enrojecido; a través de las quebradas, la

dos sobre la hierba, o el rocío nocturno sobre las aguas quietas entre paredes de sombrío granito, en un desfilar brillante; música que cae sobre el espíritu más suavemente que los cansados párpados sobre los ojos cansados; música que nos trae un dulce sueño desde los cielos bienaventurados. Aquí hay musgos frescos y profundos, y entre los musgos trepan las hiedras, y las flores de largos pétalos lloran sobre el arroyo, y la amapola pende soñolienta de los abruptos arrecifes.

II

¿Por qué soportar las fatigas, y consumirnos enteramente en la aguda aflicción, cuando todas las otras cosas descansan de su cansancio? Todas las cosas tienen descanso; por qué sólo nosotros nos esforzaremos, sólo nosotros, que somos las cosas principales; por qué gemiremos perpetuamente, arrojados de una tristeza a otra, y nunca plegaremos nuestras alas, ni cesaremos nuestros peregrinajes, ni bañaremos nuestras frentes en el sagrado bálsamo del sueño; ni escucharemos lo que canta el íntimo espíritu: "No hay más alegría que el reposo". ¿Por qué sólo nosotros nos esforzaremos, si somos la bóveda y la corona de las cosas?

III

¡Mirad! En medio del bosque, la hoja plegada del retoño es solicitada por los vientos, sobre su misma rama, y allí crece y verdece, y de nada cuida, bañada

por el sol a mediodía, y nocturnamente alimentada de rocío en la luz lunar; y cuando amarillea, cae, y desciende flotando por el aire. Mirad; endulzada por la luz estival, la jugosa manzana, excedida en su madurez, cae en la noche silenciosa de otoño. Y durante su espacio de días prefijado, la flor madura en su lugar; madura y se marchita, y cae, y no se fatiga, hondamente enraizada al fructífero suelo.

IV

Odioso es el cielo azul-oscuro, abovedado sobre el mar azul-oscuro. La muerte es el término de la vida; ¿por qué sólo las fatigas llenarán nuestra vida? Dejados solos. El tiempo avanza velozmente, y muy pronto enmudecerán nuestros labios. Dejados solos. ¿Qué cosa durará? Todo nos es arrebatado, y se convierte en porciones y partículas del temible pasado. Dejados solos. ¿Qué placer podemos hallar luchando contra el mal? ¿Qué paz hay en la superación eterna de las olas ascendentes? Todas las cosas tienen descanso, y maduran hacia la tumba, en silencio — maduran, caen, y cesan; dadnos el largo reposo de la muerte, la oscura muerte, o la felicidad de los sueños.

V

¡Qué hermoso sería, oyendo la corriente que desciende, y con los ojos entrecerrados, adormecerse en un semisueño! Soñar y soñar, como aquella luz ambarina,

que no abandona aún esa mata de mirra en la colina; oír las susurrantes palabras de los compañeros, y comer los lotos, día tras día; contemplar los rizos crespos de la playa, y las tiernas líneas ondulantes de la espuma cremosa; entregar totalmente nuestros espíritus y nuestros corazones a la influencia de una amable melancolía; pensar y reflexionar, y vivir nuevamente en la memoria, con todos esos antiguos rostros de nuestra infancia, ya cubiertos por un montículo de hierba; dos manojos de polvo blanco encerrados en una urna de bronce.

VI

Amable es la memoria de nuestras vidas conyugales, y amable el último abrazo de nuestras mujeres, y sus calientes lágrimas; pero todo ha sufrido un cambio; porque seguramente nuestros hogares están ahora fríos, nuestros hijos nos heredan, nuestro aspecto es extraño, y llegaríamos como fantasmas a turbar la alegría. O quizás los atrevidos príncipes de la isla han consumido ya nuestro patrimonio, y el juglar canta ante ellos los diez años de guerra en Troya, y nuestros grandes actos, como si fueran cosas semiolvidadas. ¿Habrá confusión en la pequeña isla? Que lo deshecho permanezca deshecho. Los Dioses son difíciles de reconciliar; es trabajoso instituir nuevamente el orden. Y hay confusión peor que la muerte, obstáculo sobre obstáculo, sufrimiento sobre sufrimiento, larga labor hasta la senectud,

dolorosa obligación para estos corazones gastados por tantas guerras, y estos ojos nublados por el constante escrutinio de las estrellas conductoras.

VII

Pero aquí, reclinados sobre lechos de amaranto y mandrágora, qué dulce — mientras las cálidas brisas nos acunan, levemente flotando — con tranquilos párpados entrecerrados, debajo de un cielo oscuro y sagrado, contemplar el largo río brillante que vierte sus aguas lentas desde la purpúrea colina — escuchar los húmedos ecos repitiéndose de caverna en caverna a través de la viña enmarañada — contemplar el agua esmeraldina que cae entre tantas divinas guirnaldas de tejido acanto. Oír tan sólo y ver la lejana espuma centelleante del mar; tan sólo oírla sería hermoso, extendido bajo los pinos.

VIII

Los Lotos florecen debajo de los estériles riscos, los Lotos brotan en cada fluctuante riachuelo; todo el día sopla suavemente el viento con dulcísimo sonido; a través de cada caverna y cada sendero solitario, girando y girando, vuela el polen amarillo del Loto sobre las llanuras perfumadas.

Bastante hemos conocido la acción, y el movimiento; hemos rodado a babor, rodado a estribor, cuando el oleaje se agitaba libremente, cuando el monstruo tur-

bulento escupía sobre el mar sus fuentes de espuma. Hagamos un juramento, y mantengámoslo con firmeza, de vivir en el vano país del Loto, y yacer reclinados y reunidos sobre las colinas, como los Dioses, indiferentes ante la humanidad. Los Dioses yacen junto al néctar, y los relámpagos nacen muy por debajo de ellos, sobre los valles, y las nubes se encrespan levemente en torno de sus casas doradas, circundadas por un mundo resplandeciente; allí sonríen en secreto, contemplando las tierras desoladas, las sequías y el hambre, plagas y terremotos, abismos rugientes y arenas incendiadas, combates clamorosos, ciudades en llamas, barcos que naufragan, y manos que rezan. Pero ellos sonríen, y descubren una música que asciende, centrada en un canto doloroso, un lamento y una antigua historia de injusticias; como una historia sin mayor sentido, aunque las palabras son terribles, donde se canta la raza oprimida de los hombres que aran la tierra, plantan la semilla, y cosechan el grano con interminable fatiga, ahorrando su pequeña obligación anual de trigo, y de vino y de aceite; hasta que perecen, y sufren — algunos, se murmura — en el hondo infierno, sufren eterna angustia, y otros descansan en los valles Eliseos, reposando sus fatigados miembros sobre macizos de asfodelo.

Seguramente, seguramente, el ensueño es más dulce que la acción, y la costa es más dulce que las fatigas en el profundo centro del océano, y el viento y las olas, y el remo; ¡oh descansad, hermanos marineros, ya no navegaremos más!

ALFRED TENNYSON

A MYTH

*Advancing up the rain-cleared night,
Is Artemis, who strides alone
To fling upon the pillared stone
And on the stiff-edged reed her light.*

*She will not love; her breath is cold;
She seeks tonight for nothing warm
To break her mood, she does not harm
The stag she loved to chase of old.*

*The night, her realm of dignity,
Holds nothing that she does not scorn;
Even the offerings that adorn
Her altar's angularity.*

PROPHECY

*Though not predestined by the god,
As was Achilles to be slain
By Paris on the Trojan sod,
Or as Aeneas was to reign,*

*Yet when the future has attained
The present past, we then shall know
The glories destined to be gained,
The regions where we could not go.*

*Ambition roves without command
Above our highest power to act,
But suddenly shall cease and stand
In terror of the future fact.*

ANN STANFORD

ENDECASILABOS

¡Oh Muerte, ven a mí, quiero tus manos
que imaginé soñando, entre narcisos,
y tus ojos perdidos y lejanos,
con sus reflejos claros e indecisos.

Anoche conocí tu monumento
y tu columna altísima e infinita,
y la historia del mundo en tu aposento
sobre una piedra antigua manuscrita.

Fuí contigo en el sueño, por caminos
con retratos muy raros de personas
de lejanos países y destinos,
que en un frágil segundo relacionas.

¡Oh tus blandos jardines donde a solas
pude observar tu rostro en una fuente
y extasiarme con dulces amapolas
que me ofrecías, cálida y prudente!

Yo sé que existes como te he soñado,
joven pálida, rubia y somnolienta.

con el largo cabello despeinado,
caminando entre juncos, triste y lenta.

Muerte, si eres así, detiene el tiempo
que me queda de vida. No podría
existir en el mundo ni un momento
lejos de tu alma gris como la mía.

Suspende ya la tarde en el camino,
no quiero conocer en su figura
aquel viejo recuerdo que adivino:
una gloria olvidada, una aventura.

La tarde siempre vuelve a lo pasado
para hacernos llorar en el silencio;
mas hoy pensé en tus ojos y he soñado,
y no puedo llorar lo que evidencio.

Aquí tienes mi vida: mis dolores;
alguna vez amé, te lo confieso,
y conocí en los parques los honores
del sol cuando se pierde en su regreso.

Supe de otras palabras, otros pasos
por caminos de piedra. Fui un extraño
en la casa infernal de los fracasos;
pero supe también del desengaño.

Yo me agrego a tu corte tan lujosa
como algún dios antiguo y destronado.
Toma mi patrimonio: es una rosa,
y el sueño de una vida, transformado.

FERNANDO TOZZI

S U M A R I O

J. R. Wilcock: El Triunfo del Tiempo — *Anónimo*: Muerte de Rolando — *James Joyce*: Música en la Tierra — *W. B. Yeats*: El Umbral del Rey — *Bartolomé Leonardo de Argensola*: Tres Sonetos — *Alfred Tennyson*: Los Lotófagos — *Ann Stanford*: A Myth - Prophecy — *Fernando Tozzi*: Endecasílabos.
